

SALVADOR DE LA PLAZA

Inmigración Y Reforma Agraria

6ta. Conferencia del ciclo organizado
por la SOCIEDAD DE ESTUDIOS
ECONOMICOS Y SOCIALES, dictada
en la Universidad Central de Vene-
zuela, el 30 de Mayo de 1945.

Caracas - Venezuela.

Años y Censos	Capital Bs.	Número de Empleados	Sueldo medio mens.	Número obremos	Salario medio diario
1936:					
Industrial.....	294.929.633,00	6.706	124,3	41.157	4,49
Comercial.....	340.798.633,00	18.019	173,52	2.749	4,32
Empresas que pres- tan servicios.....	257.895.972,00	5.887	228,10	6.269	6,47
1937:					
Agrícola.....	892.806.505,00	9.642	98,71	768.472	2,38
Pecuario.....	480.484.763,00	6.260	100,40	68.805	2,90
1938:					
Petrolero.....	456.761.526,00	4.575	618,87	17.921	10,19

Complementa este cuadro la distribución general de la población. De los 3.467.839 habitantes que acusa el Censo de 1938, vivían en poblaciones de más de 1.000 habitantes, incluidas las 23 ciudades capitales, 1.170.920, el 33%. Los 2.296.919 habitantes restantes, el 67%, esparcidos por los campos, siendo la población activa en las faenas agrícolas y pecuarias de 853.179 empleados y jornaleros y 185.069 medianeros y pisatarios. Estas cifras nos indican que más del 80% de la población extrae sus medios de vida de las labores agro-pecuarias. Si tomamos en cuenta que los jornaleros agrícolas no trabajan más de 150 días al año, lo que representaría unos 357 bolívares de salarios al año, nos será fácil deducir el nivel de vida lamentable de la población campesina. Es importante para consideraciones posteriores, tomar en cuenta lo que a este respecto opina el Dr. Baldó en el citado trabajo: "Consideramos tan substancial este problema, que lo conceptuamos esencial para abordar el de los otros aspectos de nuestro bajo nivel de vida, pues sin un mejoramiento humano, la economía no se podrá mejorar, ya que nosotros no vemos al obrero agrícola y pecuario analfabeta, abandonando los métodos primitivos de trabajo sobre los que reposan los problemas del capital de Bs. 1.373.291.268 y la suerte de 837.277 venezolanos; ese casi millón de sujetos tendrá que seguir comiendo casabe y papelón y no podrá salir del rancho de paja, pues el marasmo de nuestra agricultura y de nuestra ganadería no se podrán influenciar por obra de las solas leyes, sin el mejoramiento paralelo de aquél a quien se deban aplicar (Subrayamos nosotros).

Esta población se encuentra diseminada en dos zonas principales, la que podríamos llamar centro-costera, con 177.680 Km², el 19% de la extensión territorial; y la sureste, con 794.820 Km², el 81%, habitando en ellas respectivamente 2.698.278 y 769.561 sujetos. De acuerdo con estas cifras, la densidad de la población en la primera zona es de 15,12 por Km² y de 0,96 por Km² en la segunda. No obstante que estos índices son promedios y que en ambas zonas se encuentran regiones con población más densa, aún en éstas, la diseminación es el problema de cuya solución dependen el aumento de la productividad en la agricultura,

del rendimiento por hectárea y por trabajo humano, la modernización de la cría y de la agricultura, etc.

No disponemos de estadísticas completas, detalladas sobre la producción agrícola, pero es posible con los datos existentes, lograr un aspecto general, aproximado de la situación. Las cifras globales de consumo, es decir, de los productos llevados a los mercados y de las hectáreas cosechadas según los censos agro-pecuarios de 1937, nos permiten sacar algunas conclusiones:

Productos	Hectáreas cosechadas	Cantidades producidas Kgs.	Producción por hectárea
Ajonjolí	1.078,94	701.606	650
Apio	3.466,72	5.929.864	1.710
Arvejas	14.727,62	7.427.716	504
Arroz	10.603,42	12.604.837	1.200
Cardenas	47.025,54	36.812.800	635
Caña	5.283,30	72.887.985	13.797
Caña papalón . .	51.484,62	136.562.323	
Caña azúcar . .	5.213,93	21.007.664	
Caña melaza . . .	2.876,57	12.421.041	
Cebolla	1.126,68	3.223.041	2.861
Frijol	19.185,89	14.282.217	74
Hormigas	3.531,39	12.784.341	3.621
Maíz (2 cosechas)	262.768,73	361.349.164	?
Nillo	1.637,39	2.658.785	1.623
Ñame	5.043,23	14.672.227	2.910
Oramo	7.775,93	35.084.676	4.525
Papas	6.600,90	10.612.599	1.607
Quinchoncho . . .	5.056,19	4.261.965	843
Trigo	13.069,71	6.458.115	494
Yuca	25.614,81	85.415.471	3.335
Tabaco	7.734,95	4.898.385	623
Algodón	14.654,61	8.471.842	578
Cacao	78.100,59	24.089.060	308
Café	340.431,78	74.555.447	219
Sarrapia	1.501,16	68.519	
Coco	12.023,77	44.795.430 un.	3.726
	1.119.974,00		

Hemos dividido el cuadro en frutos menores, es decir, granos, legumbres, etc. y producción arbustiva, con el fin de hacer resaltar las extensiones respectivamente cultivadas, lo que tiene su importancia por ser el café y el cacao productos de exportación. Del 1.119.974 hectáreas cosechadas, según esos censos, corresponden al café y cacao 418.432, el 38%; al algodón, tabaco, coco y sarrapia 35.914,49 hectáreas, 3% y a los productos alimenticios 665.628, el 59% y una producción en Kls. aproximada de 855.537.241. Si es alarmante que tan reducida extensión de tierras esté dedicada a la producción alimenticia, lo es más el promedio de rendimiento por hectárea por el aumento de costo de producción que implica y por la escasez de alimentos a que se somete a la población en general. En la Argentina, en esos mismos años, se cosecharon 21.059.983 hectáreas con 17.641.055.000 kilos de productos alimenticios, 20 veces mayor que la nuestra...

El bajo rendimiento se debe a las formas empíricas de cultivo y no a la limitación de las tierras ni a los efectos que pudiera motivar el mismo consumo obligando a los productores a disminuir las áreas sembradas. La demanda de artículos, por el contrario, ha debido provocar un aumento de hectáreas cultivadas. La absorción de mano de obra campesina por las industrias, especialmente por la del petróleo, no ha influido tampoco como causa principal en el aumento del costo de la producción agro-pecuaria ni, a consecuencia de esto, en la disminución de las superficies sembradas. Las industrias simplemente han dispuesto de un mercado de mano de obra muy barata debido a que los campesinos han tenido que abandonar los campos presionados por la pervivencia de las relaciones semifeudales existentes.

La principal clase de cultivos —plantaciones de café y cacao— imprimieron a la agricultura su rasgo característico: un alto rendimiento por unidad hombre empleado a base del sistema de trabajo esclavista con un número reducido de días-salarios al año. Este rendimiento permitió que no obstante los altos costos del transporte interno y el bajo rendimiento por hectárea, nuestros frutos de exportación

podieran concurrir en los mercados internacionales con similares de otros países. Pero a medida que en esos mercados fueron ofrecidos esos productos a precios más bajos obtenidos a base de una mejor técnica, de un mayor rendimiento por hectárea, de transportes más baratos y en algunos casos, de mano de obra más esclavizada —las colonias inglesas,— el rendimiento por unidad hombre no fué suficiente para competir y los cultivos comenzaron a ser abandonados, no impidiéndolo las subvenciones del Estado (primas de exportación, dólar-fruto).

El sistema de transportes internos es tan deficiente y costoso que la política de protección aduanera instaurada con objeto de favorecer la intensificación de algunos cultivos, ha sido insuficiente para eliminar las importaciones de esos productos. Si estas se mantienen bajas débese a los inconvenientes que hoy existen por carencia de transportes internacionales. Al restablecerse éstos en la postguerra se confrontará —no obstante la política proteccionista— la situación de la concurrencia en nuestros mercados de productos alimenticios provenientes de países lejanos.

El régimen político de represión de las libertades que privó hasta 1935 por una parte; y por la otra, el disponer Venezuela de grandes cantidades de divisas extranjeras debido a la explotación de su petróleo, facilitó que las importaciones de artículos alimenticios aumentaran de año en año y no se sintiera en los centros urbanos la escasez de alimentos.

Otro aspecto de esta situación ha sido el éxodo de campesinos hacia las ciudades y las explotaciones petroleras, a que nos hemos referido. Ahora queremos observar que si en parte esa mano de obra ha sido absorbida por la industria, en su mayoría ha dejado de ser productora y productiva, dedicándose en las ciudades a una vida parasitaria, de pequeños comerciantes, billeteros, vendedores ambulantes.

Para fines de 1935 la agricultura presentaba pocos adelantos con relación al siglo pasado, en lo que respecta a la técnica y al aprovechamiento de la mano de obra. La má-

quina en general, las inversiones en riegos, en modernización de cultivos eran términos casi desconocidos. En los últimos años se ha comenzado a mecanizar el cultivo del algodón y del arroz, lográndose una disminución de las importaciones, al mismo tiempo que un aumento del consumo, como se desprende de las cifras siguientes:

ALGODON				
Años	Hectáreas cultivadas	Producción Kgs.	Importación Kgs.	Consumo Kgs.
1939		1.447.177	1.303.003	2.750.180
1940	1.368	1.732.089	1.416.397	3.148.986
1941	12.047	2.057.433	1.490.042	3.547.075
1942	21.596	4.059.750	614.600	4.674.359
1943		1.118.140	3.199.048	4.317.188

ARROZ			
Años	Hectáreas cultivadas	Producción por Kgs.	Producción por hectárea, Kgs.
1937	10.503,42	12.604.879	1.200
1943	14.178,25	20.968.837	1.479

De estas 14.178,25 hectáreas distribuidas en 5.979 fundos, estuvieron bajo riego 3.077 y se empleó la máquina en 1.423,50, es decir, que el 90% se cultivó empíricamente.

Ya hemos señalado que la extensión cultivada para productos alimenticios fué en 1937 de 665.628 hectáreas. Si no hubieran existido las importaciones, tendríamos que de cada hectárea cultivada hubieran tenido que alimentarse 5,13 personas. Este índice que de por sí es alarmante, al compararlo con los de otros países lo es más, ya que entre nosotros el rendimiento por hectárea es muy bajo:

COMPARACION ENTRE POBLACION Y LAS EXTENSIONES CULTIVADAS, EN DIVERSOS PAISES SEGUN EL ANUARIO DEL INSTITUTO AGRICOLA DE ROMA, 1938-39.

País	Millones de habitantes	Millones de hectáreas cultivadas	Habitantes por hectárea
Alemania	97,8	19,6	3,85
Italia	41,8	13,0	3,50
Estados Unidos	124,07	138,800	0,90
Chile	4,7	1,56	3,46
Venezuela (1).	3,5	0,666	5,02

(1) Censos de 1937. No están incluidos los cultivos arbustivos.

La causa de esta situación se remonta a la Colonia, perviviendo durante la República en el sistema de apropiación latifundista. Las tierras fueron distribuidas entre un número reducido de señores, quienes las explotaron con esclavos negros. La esclavitud fué abolida en 1854, pero como las tierras continuaron distribuidas en la misma forma, la población esclava liberada, para no perecer de hambre, tuvo que adentrarse en las montañas en busca de tierras que cultivar, o aceptar la servidumbre que los propietarios de las tierras cultivadas de café y cacao les imponían: la medianería. El café y el cacao son cultivos que requieren volumen de mano

de obra asalariada en la época de cosecha, realizándose con escaso personal las tareas de limpia y cuidado de las haciendas. Por lo que para garantizarse la mano de obra necesaria, sin tener que pagar salario todo el año a los trabajadores, el hacendado estableciera entregar un lote de tierra al campesino para que lo cultivara con frutos menores y al mismo tiempo sembrara café o cacao según el caso, con la condición de que al estar las matas en producción, la mitad de ellas sería para el dueño de la tierra y la otra mitad debería vendérsela tan pronto lo deseara.

En general, por lo recuero de los salarios que percibía durante el año y alcanzarle escasamente para el sustento de su familia la producción de las siembras de frutos menores, el medianero se veía obligado a solicitar préstamos del dueño de la tierra, casi siempre en artículos que se les suministraban en la "tienda de raya", dando en garantía su mitad de matas. De esta manera mucho antes de que las matas estuvieran en producción, ya el medianero las debía y pasaban a propiedad del latifundista.

La mayoría de las grandes haciendas de café y cacao se fundaron a base de ese sistema de servidumbre, determinando por una parte la decadencia de esos cultivos y el abandono en que se encuentran hoy, como por la otra, que la producción de alimentos ocupara un lugar secundario y no progresaran los métodos de cultivo.

Ha contribuido también a esta situación otra consecuencia de la explotación latifundista: el sistema de arriendos de tierra que se ha practicado entre nosotros. El campesino sin tierra paga un canon: renta en efectivo por extensión sembrada; una parte de la cosecha según la cantidad de semillas sembradas, y también, en trabajo en formas más o menos hábilmente disimuladas. Estas pequeñas siembras de arrendatarios son las llamadas "conucos", a las que se les atribuye el grado de deforestación y erosión en que se encuentran grandes extensiones de tierra que en otro tiempo fueron cultivables. Por otra parte, el campesino, consciente de que las mejoras que pudiera introducir en esas tierras, aprovecharían a sus dueños por la costumbre de

no reconocérseles y no pagárseles las bienhechurías, hostilizado por los latifundistas interesados en convertir sus tierras de cultivo en potreros, era lógico que no se empeñara en mejorar los métodos de cultivo, prefiriendo la tala y la quema al arado que implica estabilidad, permanencia; contentándose con una producción exigua y de baja calidad.

De acuerdo con los censos de 1937, existían en el país 59.014 fundos agrícolas con una extensión de 3.437.684 hectáreas. El 95¹/₂% de esos fundos, o sea 56.446 —de hasta 160 hectáreas— ocupaban una extensión de 731.795 hectáreas. Los restantes 2.568 fundos, el 4¹/₂%, ocupaban 2.705.888 hectáreas. Salta a la vista el acaparamiento de la tierra en pocas manos.

El campesino sin tierra no ha dispuesto de otros sistemas de créditos para refaccionarse antes de la cosecha, que el de los acaparadores y prestamistas de los pueblos, a base de hacerles el préstamo en artículos a precios exorbitantes y para ser pagados con la cosecha, cuyo precio se fija con anticipación (préstamos a la cosecha). En esta especulación generalmente el prestamista ha sido favorecido por las autoridades locales, las que han obligado a los campesinos a hacer entrega de toda su cosecha, sin tomar en cuenta que con parte de ella podían cubrir el préstamo y los intereses, y la otra parte, venderla en el mercado a un precio doble o triple.

No se acostumbra, salvo en algunos lugares de Los Andes, ni los días de mercado ni las ferias, por lo que el campesino que recorre una larga distancia hasta el pueblo próximo transportando sus productos, las más de las veces a hombro por carecer de bestias de carga, se ve obligado a venderlos al precio que le ofrezcan, ya que nada aprovecharía de regresar al "conuco" con el artículo. Así también, por lo reducido del sistema de transporte interno, los fletes son muy altos, por lo que mientras el productor tiene que vender sin rescatar el costo —su trabajo invertido,— el consumidor en los centros urbanos tiene que adquirir a precios altísimos, originándose una utilidad especulativa para los intermediarios, que se traduce en alto costo de la vida.

La ganadería a su vez sufre una crisis de suma gravedad. Disponemos de extensas llanuras, pero debido al ningún control de los ríos y caños, lo que provoca grandes inundaciones en determinadas épocas del año y grandes sequías en las otras, a la propagación consiguiente de epidemias, a la forma empírica en que se realiza la cría, el número de cabezas ha venido reduciéndose de año en año, al mismo tiempo que la carne que se ofrece al consumo es de mala calidad. Salvo la excepción de algunos hatos, en los que se han introducido métodos modernos, tales como preparación de tierras, siembra de pastos y cruce de razas de mayor rendimiento, en la mayoría aplastante de los fundos, el ganado vacuno y caballar crece salvaje, cimarrón, sin cuidado ni atención y en sabanas de pastos naturales escasos y pobres de alimento.

Existen en todo el país 10.763 fundos pecuarios con una extensión de 19.932.605 hectáreas, de las cuales 4.170.004 están bajo selva o sin pastos. De las 15.762.601 restantes, 15.224.132 son de pastos naturales y sólo 538.468 tienen pastos artificiales. Están cercadas 3.613.622 con pastos naturales; 532.351 con pastos artificiales y 373.912 sin pastos o bajo selva. Total: 4.519.886.

El no haber durante años sucesivos preparado la tierra para sembrar pastos, ha traído como consecuencia la destrucción misma de los que en una época existieron naturales. Y es lo que nos explica por qué si en 1804 se estimaba la existencia de cabezas en 1.200.000 para pasar luego en 1812 a 4.500.000; en 1910 tuviéramos sólo 1.461.557 para pasar en 1938 a 3.090.661. Las exportaciones han disminuído, felizmente, de 56.681 cabezas en 1901 a 36.240 en 1937, porque de lo contrario la situación sería más grave.

El consumo de carne en 1938 fué de 46.621.380 kilogramos de los cuales 2.458.385 Kgs. de carne importadas (jamones, embutidos, carnes conservadas) es decir, un consumo anual de 13 Kgs., o sea de 35 gramos per cápita y por día (Revista del S.A.S. N° 1. Febrero 43 Pág. 136).

Para darnos una idea de lo que significa este insignificante consumo de carne para el desarrollo de la población, bástenos recordar que recientemente fué rebajada la ración de carne en Estados Unidos, por motivos de racionamiento

**INMIGRACION Y
REFORMA AGRARIA**

de guerra, a 115 libras al año y por persona, es decir a 51.750 gramos o 141,78 gramos por día.

La disminución de las existencias de ganados, ese ínfimo consumo de carne, así como el de la leche —100 cm³ en Caracas, 12 cm³ en Cumaná, 5 cm³ en Maturín, por cabeza y por día— la mala calidad de ambos productos, no están determinados por causas que el hombre no pueda controlar, como sería la limitación de las extensiones de tierras propias para cría. Puede detenerse ese descenso, puede mejorarse la cría en general concentrando las existencias actuales en los lugares mejor dotados, aptos para organizar en ellos potreros con pastos artificiales escogidos, dotados de cobertizos para defender a los animales de las inclemencias del trópico y con aguadas o jagüeyes higiénicamente contruídos, propios como para recibir razas mejores y lograr cruces adaptados al clima.

Y no es sólo que tan bajo nivel de vida afecte la existencia misma del elemento humano venezolano, sino que mientras él exista, la población campesina —agrícola y pecuaria— carecerá de los medios para adquirir artículos manufacturados y sin el consumo del campesinado la industria nacional no podrá desarrollarse. Es cierto que en los últimos años el monto de las operaciones comerciales ha aumentado considerablemente, pero él no corresponde al actual desarrollo de nuestra economía, sino a la abundante circulación de numerario en los centros urbanos proveniente de los salarios de los obreros petroleros y de los ingresos del Estado por concepto de la renta petrolera, ingresos que se distribuyen por medio de sueldos a la burocracia y por las obras públicas, cuyo ritmo se ha venido intensificando de año en año.

SOLUCION: REALIZAR UNA REFORMA AGRARIA

Ante realidad tan desesperada y de cuya existencia no tienen sólo conocimiento los que estudian la situación del país a través de sus estadísticas, para prevenir y con tiempo auspiciar las medidas más convenientes de solución, sino también, los que la padecen en carne propia —el campesinado— y los que en los centros urbanos ven que cada día los problemas alimenticios se hacen más difíciles y más hipotéticas las posibilidades de proveerse de carne, leche, legumbres, granos; que los precios suben, el azúcar escasea y cada vez se adquiere menor cantidad de artículos en los mercados con el mismo dinero, ante tal realidad, necesario es que nos planteemos la transformación de la actual estructura del campo venezolano que ha dado origen a esa situación en otra que, al mismo tiempo que provea un aumento de la producción de alimentos para satisfacer las necesidades de toda la población y no sólo las de los centros urbanos, incorpore al campesinado a la múltiple actividad nacional, como productor de alimentos y consumidor a su vez de artículos manufacturados.

La política de aumentar la producción por medio de atención especial a los grandes propietarios de tierra, a los llamados impropriamente agricultores, viene empleándose en Venezuela desde tiempos de Gómez, especialmente desde la creación del Banco Agrícola y Pecuario. Los subsidios repartidos por el Estado suman millones y millones de bolívares, sin que ni siquiera los centros urbanos hayan podido ser asegurados en sus abastecimientos. La quiebra de esa política es tan resaltante que insisten en recomen-

darla como solución nada más que aquellos sujetos que persiguen su propio enriquecimiento a costa de las rentas del Estado.

La política de fomento de la producción agro-pecuaria que se sigue por intermedio del Ministerio de Agricultura y Cría y del Banco Agrícola y Pecuario, encuentra en su desarrollo y es víctima de él, el complejo y carcomido armazón del régimen latifundista. Reconocerlo no implica restar responsabilidad a quienes les incumba en la realización de esa política, que cuesta a la colectividad sumas considerables de dinero. Pero sería infantil desestimar el obstáculo que para la realización de una política económica, presenta un medio impropio por su estructura. La política agro-pecuaria del Ejecutivo, en sus líneas generales, fué concebida para ser aplicada en un medio rural en el que predominaran ya relaciones capitalistas de producción y sus concomitantes factores: campesinado concentrado, tierra distribuida, mano de obra calificada, amplio consumo interno, etc. Ausentes estas condiciones, necesariamente el despilfarro y el aprovechamiento de esas inversiones por un reducido número de particulares, tenía que ser la consecuencia.

La Reforma Agraria en terminos de economía agrícola y dejando de lado sus aspectos sociales y de justicia elemental, tiene por finalidad precisamente condicionar al medio rural para el desarrollo de una estructura capitalista nacional, ya que la industria no puede prosperar tampoco en un país en el que perviven las relaciones latifundistas.

Y a conciencia de que con la Reforma Agraria el régimen capitalista construye una de sus bases esenciales, los marxistas la apoyan, no como maniobra, sino por facilitar ella la etapa a recorrer en el desenvolvimiento de una sociedad cuya estructura es semifeudal y a causa de ella se mantiene estancada y cohibida para progresar.

Dotando de tierras cultivables a los núcleos de población, se iniciará la estructuración de unidades económicas agro-pecuarias que al mismo tiempo que estabilicen al campesinado hoy diseminado, sirvan de centros de producción y de consumo capaces de restablecer el desquiciado inter-

cambio entre las ciudades y el campo. Esas concentraciones campesinas harán posible además, la solución de los problemas sanitarios y culturales que hoy se confrontan y que la diseminación de la población hace imposible resolver.

El cultivo empérico, el "conuco", podría entonces ser reemplazado por la parcela, en la cual el arado o el tractor contribuiría a hacer más productivo el esfuerzo del hombre y a desterrar la tala y quema de montes como sistema para la preparación de las tierras.

El riego organizado, lo que es posible con la participación de la masa campesina, evitará los efectos de la irregularidad de las lluvias, haciendo realizable la introducción de nuevos cultivos y la diversificación de los mismos.

En cada hogar campesino una o varias vacas y los animales de corral, servirían de base para industrias caseras complementarias y suministrarían una mejor alimentación a la familia y abonos para los cultivos. El campesino mejoraría su vivienda, la higiene y la cultura encontrarían campo propicio y unidas a la mejor alimentación, bajaría el índice de mortalidad y a su vez ascendería el de natalidad, con resultados positivos para el crecimiento y desarrollo de la población.

Como consecuencia, aumentaría la producción en general y los centros urbanos dispondrían de mayor cantidad de productos alimenticios y de mejor calidad; disminuirían las importaciones, bajaría el costo de la vida en todo el país y los venezolanos dispondrían de recursos económicos con los cuales satisfacer las múltiples necesidades de que hoy están privados.

El Ejecutivo Federal ha afrontado la solución de este problema, preparando un anteproyecto de Ley de Reforma Agraria que ha sido introducido ayer al Congreso. Su publicación en la prensa diaria dió ocasión para que se emitieran los juicios y argumentos contrarios y favorables que todos ustedes conocen y que exteriorizaron las diferencias de los intereses en juego —sociales, políticos y económicos— en el seno de nuestro país. Los propietarios de tie-

rra que extraen de ella una renta y que en su posesión fincan los privilegios económicos y políticos que les son característicos, esgrimieron múltiples armas, entre ellas la de desnaturalizar la finalidad misma del proyecto. La gran masa de la población, los que persiguen y anhelan el progreso y el bienestar colectivos, han apoyado el proyecto, aunque en algunos aspectos desearían un estatuto más resueltamente destinado a llevar a cabo con mayor rapidez y energía la transformación de nuestro medio rural.

Sería repetir aquí argumentos ya expresados en artículos de prensa, el que opináramos sobre dicho proyecto, pero sí queremos destacar que por fin en Venezuela —y ello debemos todos reconocerlo— se da beligerancia al elemento humano como parte integrante de la riqueza nacional al declarar de utilidad pública o social la dotación de tierras a los individuos o grupos de población que carezcan de ellas. Es ese el mérito esencial de ese proyecto. Y no dudamos de que es contra ese principio, que se han pronunciado los que tanto ruido de oposición han levantado en torno al procedimiento moderado de expropiación que contiene y que es imprescindible para llevar a la práctica esas dotaciones.

México nos suministra, a base de sus años de experiencias y progresos, el elemento de confrontación para apreciar en qué medida la realización de una Reforma Agraria determina el desarrollo económico y social de un país de estructura semifeudal, y cómo, bajo el punto de vista del problema y de la política de población, esa influencia es decisiva. La población de México, al impulso de la transformación de su estructura económica iniciada con la Reforma Agraria, ha pasado de 14.334.780 en 1921 a 20.000.000 en 1940.

Mientras nuestra población no se le concentre y provea de medios de producción, tenderá a desintegrarse y no existirán las condiciones para atraer a nuestro país corrientes inmigratorias que contribuyan a aumentar nuestras riquezas en elemento humano.

POLITICA DE INMIGRACION

La inmigración, por tanto, debemos estudiarla y elaborar los planes para realizarla, como parte de la política general de población y no independientemente de ella. Mientras persista la apropiación latifundista de la tierra, los grupos de inmigrantes agricultores que vengan a nuestro país, por capaces que sean sus componentes, estarán impedidos de desarrollar sus actividades al encontrarse aislados, cercados por los múltiples obstáculos ya analizados. Y en lo que respecta a los obreros calificados, no lograrían ocupación adecuada debido a las limitadas perspectivas de desarrollo de la industria nacional.

Las corrientes migratorias se encausan hacia un país dado en la medida en que los primeros inmigrantes informan a sus parientes y amigos en el país de origen, de las posibilidades que han encontrado y de las garantías de bienestar. No debe interesarnos, por otra parte, la inmigración provocada por el país de origen con la finalidad de conquista o de crear grupos de influencias. Las corrientes migratorias deben ser canalizadas hacia diversas zonas del territorio, facilitándoles su entrelazamiento con la población nativa, su participación en las actividades nacionales. De no suceder así, se crea el problema de los núcleos de población extranjera, que no aportan su contingente a la integración de la nacionalidad y por el contrario —como en Chile y Brasil,— se convierten en minorías cerradas, extrañas, que conservan sus usos y costumbres; fuente latente de conflictos internacionales.

Una corriente inmigratoria que se inicie y se empuje al unisono con el desarrollo e incorporación de la población nativa a la vida nacional, se fundirá con ella formando un solo todo. Tal es el caso de los Estados Unidos, de Argentina y ahora de México. En esos países encontramos núcleos de población que aún se sienten parte de sus países de origen, pero son reducidos y no tienen importancia en comparación del por ciento que se ha identificado con su nueva nacionalidad. El norteamericano es un tipo humano en el cual conviven las diversas nacionalidades de sus inmediatos ascendientes, fundidas en su amplia y nueva nacionalidad.

Y esta fusión de inmigrantes es fuente de riquezas incalculables, ya que cada uno de ellos aporta su técnica avanzada, su cultura convirtiéndose en escuela ambulante de progreso si proviene de medio económico más desarrollado, o nuevos métodos de cultivo, diversificación de siembras, su dedicación a las labores agrícolas si es oriundo de un medio menos avanzado.

Estudiando la inmigración como un aspecto de la política de población, debemos considerar:

a) el inmigrante, elemento de aumento de la población:

Nuestra escasa población y su composición étnica (3% de blancos, 5% de negros, 2% de indios, 60% de mestizos y 30% de mulatos), no deben llevarnos a propiciar el temor de que una afluencia numerosa de inmigrantes ponga en peligro nuestra nacionalidad. Este peligro sólo existirá en la medida en que la corriente inmigratoria no sea canalizada según un plan y bajo el control del Estado. Poblar con inmigrantes al mismo tiempo que se incorpora a la vida productiva a la población nativa, nos conducirá a un aumento progresivo de nuestra población.

El plan y el control del Estado deben limitarse, en cuanto a las medidas restrictivas, a impedir que entren al país principalmente los criminales de guerra en los términos de la recomendación aprobada sobre este particular en la Conferencia Interamericana sobre problemas de la

Guerra y la Paz (Chapultepec). Y los sujetos mental o físicamente incapaces, quedando exceptuados de esta prohibición los padres y hermanos del inmigrante.

Los proyectos o planes de iniciativa privada, basados en el lucro, tales como las compañías o empresas colonizadoras, deben ser descartados.

b) el inmigrante, elemento de desarrollo técnico y cultural de la población:

En el plan y control por el Estado debe estar presente la apreciación de los inmigrantes como elementos provistos de una técnica o de una cultura con la cual enriquecer a la población nativa. Los objetivos deben ser la distribución de los inmigrantes en los centros de producción agro-pecuarios e industriales, según los oficios y aptitudes; dar facilidades y ayudas para atraer a esos inmigrantes y para proveerlos de los medios de producción o de ocupación.

Al efecto, el inmigrante agricultor deberá ser situado en las concentraciones campesinas, dotado al igual que los nativos de tierra y créditos, de manera que por su ejemplo, los vecinos adquieran los conocimientos de que hoy carecen. En las industrias, el inmigrante calificado debe ser aprovechado para que transmita a los obreros nativos sus conocimientos y habilidades.

No se debe limitar la corriente inmigratoria a sólo los trabajadores agrícolas e industriales. El técnico debe ser atraído y debe remunerársele bien, así como al profesor, al artista, al investigador.

c) el inmigrante, elemento de integración de la nacionalidad:

Nuestra nacionalidad está en proceso de integración y ello en la medida en que van desapareciendo, al impulso del progreso, los obstáculos que mantenían alejados unos de otros a los grupos humanos habitantes de nuestro territorio. La convivencia bajo unas mismas reglas de vida, la conciencia de poseer en común una riqueza determinada, son los factores que a través del tiempo determinan una nacionalidad. La diversidad de razas o de idiomas no es fac-

tor contrario a la integración. Igualmente venezolanos, somos y nos sentimos los blancos, negros, mulatos, indios y mestizos que descendemos de hombres venidos de todas las latitudes y originarios de diversas razas: africana, autóctona, italiana, española, inglesa, etc. Y lo mismo ocurre en cualquier país. En la proporción en que los inmigrantes contribuyen a un aumento progresivo de la población, a crear las bases demográficas para un desarrollo económico colectivo, para una técnica y una cultura que capaciten para dominar la naturaleza, en esa misma proporción serán absorbidos y se integrará la definitiva nacionalidad. La participación en la vida nacional con las menores restricciones para los inmigrantes y la igualdad de derechos y de posibilidades para sus hijos nacidos en el país, contribuye grandemente al progreso del país.

El sabio mexicano Guillermo Loyo en su obra "La Política demográfica de México" elabora una conclusión que creemos igualmente justa para nuestro país: "Todos están de acuerdo en que agricultores y pequeños industriales extranjeros necesita el país, que la inmigración de individuos que invirtieran en México capitales de importancia, aún cuando la inversión de capitales no supone la inmigración de personas, sería conveniente en términos generales, lo mismo que técnicos de los cuales carecemos..." pero, "Afirmamos: Lo importante es entender que México será en el futuro un país de inmigración en la proporción en que la población nacional aumente, en la proporción en que mejore el patrón de vida y de cultura de los grandes grupos de la población nacional"... "A medida --continúa-- que aumente la población nacional, con un ritmo mayor que en el pasado, aumentarán las condiciones favorables para la inmigración de extranjeros y para la colonización. A medida que mejoren las condiciones materiales y morales de las grandes masas atrasadas, la inmigración de extranjeros podrá ser más abundante y mejor. Esto es lo que han ignorado los que hasta ahora se han ocupado de la inmigración y de la colonización, porque no esperaban nada del crecimiento natural de la población".

La realización de la Reforma Agraria, cuyo estatuto jurídico se discute actualmente en el Congreso Nacional,

sitúa por fin en Venezuela el problema de la inmigración en la vía de la realidad, al propender el mejoramiento del patrón de vida y de cultura de la población, a su aumento cuantitativo y cualitativo.

Si el porvenir de una nación está vinculado a su desarrollo demográfico; si la economía nacional depende de la cantidad y de la calidad de la potencia humana de trabajo; si la potencia humana de trabajo de un país deriva del número de sus habitantes, así como de las cualidades físicas y morales y de la técnica de la población; si estos postulados son ciertos científicamente, tenemos que concluir, de acuerdo con las ciencias económicas, que Venezuela no podrá aspirar a convertirse en una Nación progresista, soberana e independiente, mientras no transforme su actual estructura latifundista. Por ello el propósito de las fuerzas reaccionarias a que se consagre la intangibilidad de las grandes propiedades latifundistas, la pretensión a que por ley se declaren inexpropiables sus inmenso fundos, su oposición a que por medio de la dotación de tierras cultivables y cercanas a los centros de consumo sean incorporadas las masas campesinas a la vida productiva de la nación, son expresión de una posición política que se evidencia como la rémora, el obstáculo que las fuerzas progresistas tienen que demoler para asentar a Venezuela en el camino de su desarrollo y bienestar colectivos.

Caracas: 30 de mayo de 1945.

SALVADOR DE LA PLAZA

INMIGRACION Y REFORMA AGRARIA

En general para el común de las gentes y para muchos de los que se autotitulan “economistas”, el concepto de riqueza nacional lo relacionan exclusivamente con el de riqueza material —el oro acumulado en los bancos, los grandes capitales industriales y comerciales en movimiento, las propiedades urbanas y rurales, las rentas del Estado, etc.— y por ende, le atribuyen una importancia también exclusiva en la vida económica del país a las llamadas “fuerzas vivas”, por ser éstas las acaparadoras de esas riquezas. El hombre, como valor económico, como elemento integrante de la riqueza nacional más preciosa, la población, no es tomado en cuenta o cuando más, en forma despectiva, por esas gentes y economistas a que nos hemos referido. No es extraño en consecuencia, que por el predominio y dirección que ellas han ejercido en las clases detentadoras del poder en Venezuela, nos encontremos aún —en 1945— en presencia de una resistencia desesperada y agresiva a todo cuanto signifique tendencia o propósito a dar al factor humano la importancia que tiene para el desarrollo económico del país y por tanto, de su riqueza nacional. No otra explicación encontramos a la campaña planeada y llevada a cabo, con toda clase de tergiversaciones y atentados a la ciencia económica, por las Cámaras de Comercio y de Industrias, por los Agrónomos y por periódicos diarios contra el moderado proyecto de Ley de Reforma Agraria, contra el Seguro Social y las medidas de control.

EDITORIAL "NEVER"

Podrera a Marcos Parra 39.

C a r a c a s .

No pretendemos estudiar hoy este tema en toda su amplitud. Nos ocuparemos de algunos problemas de nuestra población en relación a la inmigración y a la Reforma Agraria.

Observando el índice de crecimiento vegetativo de nuestra población, hemos llegado a la conclusión de que no obstante las medidas sanitarias y de otro orden que puedan adoptarse con el fin de superar las causas que lo mantienen tan bajo, en decenas de años no nos sería posible alcanzar un potencial demográfico apropiado, como para ejercer sobre la naturaleza el dominio que asegure un standard de vida holgado y productivo a la colectividad. Por lo que facilitar, atraer a nuestro país masas humanas, sin discriminación de razas ni de orígenes, estabilizarlas, se nos plantea como condición no sólo para nuestro desarrollo progresista de nación, sino también, para garantizar nuestra soberanía e independencia de país libre.

Según Humboldt, nuestra población era en 1825 de 785.000 habitantes. En 1941 la habíamos apenas multiplicado por cinco.

Como se observará en el cuadro (1), el primer Censo Oficial arrojó una población de 1.784.194. En los 48 años transcurridos desde la estimación de Humboldt, la población había doblado, no obstante los cinco años de las sangrientas guerras federales. En 1936 tuvo lugar el sexto Censo, acusando una población de 3.443.255 habitantes, por lo que tuvieron que transcurrir 63 años para que de nuevo doblara la población. El índice de crecimiento vegetativo que para 1873 era de 20,2 por mil, descendió a 10,4 en 1881 y a 10,5 en 1920 para ascender a 14,5 en 1936. La "paz" del período gomecista no fué, pues, provechosa para el crecimiento de la población.

La población de otros países de América y por diversas causas, ha crecido con mayor rapidez. La Argentina que en 1804 tenía 770.000 habitantes, pasó en 1934 a 11.090.000, multiplicándola por 17; Colombia de 1.320.000 a 8.000.000 en los mismos años; Brasil de 5.000.000 a 42.000.000; Uruguay de 161.969 a 2.500.000. El Profesor Michallup calculó que podríamos llegar a tener una población de 6.000.000

	Años	Población	Años	Nacimientos 1/100	Defunciones 1/100	Crecimiento Vegetativo
1er Censo. . .	1873	1.784.194	1875	42,1	21,9	20,2
2º " . . .	1881	2.075.245	1885	34,9	24,5	10,4
3º " . . .	1891	2.323.527	1895	31,3	21,1	10,2
4º " . . .	1920	2.411.952	1925	28,1	19,3	10,5
5º " . . .	1926	3.026.878	1935	29,8	17,7	12,1
6º " . . .	1936	3.443.255	1936	31,9	17,4	14,5
7º " . . .	1941	3.951.371	1937	33,9	18,2	15,7

(1)

para dentro de 25 años, si continuaban las campañas de salubridad e higiene que se desarrollan en el país y el índice de natalidad por 1.000 habitantes mantenía su curva de ascenso y el de mortalidad la de descenso, lo que permitiría estabilizar un índice de crecimiento vegetativo de 20 por mil, con un aumento por año aproximado de 100.000 habitantes.

Se ha sostenido que si al independizarnos de España nuestras fronteras hubieren encuadrado extensión territorial más reducida, la población con la cual nacimos a la vida independiente hubiera tropezado en su desarrollo con menos obstáculos y nos encontraríamos actualmente con una población más densamente ubicada y en condiciones generales más favorables. Lo cierto es que desde la Colonia el régimen de apropiación de la tierra y el sistema de plantaciones en las explotaciones agrícolas a base del trabajo esclavo, determinaron la diseminación de la población, convirtiéndose esa peculiaridad, a través de nuestra historia, en el aliado más importante de las fuerzas regresionistas que hizo más difíciles los intentos conscientes o inconscientes de las fuerzas progresistas para transformar las relaciones de producción feudales. Las diferencias que perviven entre las condiciones de vida —económicas, culturales, sociales y políticas— del campesinado, la mayoría de la población, y las de la minoría que habita en los centros urbanos, son la expresión de una realidad que es urgente transformar.

Por no ser considerado nuestro elemento humano como una parte esencial de la riqueza nacional, el problema de su diseminación en tan vasto territorio no ha sido planteado con la debida preocupación y resolución y de que todavía no se haya elaborado una política definida de población. Se han realizado serios esfuerzos, con posterioridad a 1936, para atender a los problemas de salubridad, higiene, cultura y mejoramiento de las condiciones de trabajo; pero, por una parte han sido limitados a los centros urbanos, como por la otra, se ha rehuído enfrentarse con la causa principal. Se han resuelto problemas de la población urbana, pero no de la población en su conjunto. La diseminación de la población se ha interpuesto entre los planes del Estado y la masa campesina, conclusión que se desprende de

las Memorias de los Ministerios de Sanidad y Asistencia Social y Educación al explicar las causas por las cuales sus planes no fueron realizados en toda su amplitud.

Hasta ahora, y era la consecuencia lógica de esa actitud, la inmigración se había estudiado independientemente del problema de la población y de una política de población. Se elaboraron proyectos invirtiendo en ellos cuantiosas sumas, para contratar inmigrantes y en algunos casos, con un no muy disimulado criterio de importar sementales de raza blanca. Se suponía que era suficiente enviar a Europa a comisionados contratistas para atraer a nuestro país una corriente inmigratoria. No se consideró que mientras la población venezolana no estuviera incorporada a la vida nacional en su calidad de productora y de elemento activo en lo social y político, no existirían los factores para la colocación en las fábricas de inmigrantes obreros calificados ni las posibilidades para la absorción de una corriente de inmigrantes agricultores, porque un campesinado pobre, improductivo, determina un débil desarrollo de la economía nacional. El inmigrante se dirige, salvo que se desplace por motivos políticos o religiosos, hacia los países en los cuales sabe encontrará, al mismo tiempo que las posibilidades de mejorar su situación económica inmediata, la seguridad de progresar y de conquistar el standard de vida que en su país supone no podrá alcanzar. Si los diversos proyectos de inmigración que se han puesto en práctica desde los primeros días de la República han fracasado, arrojando la pérdida de sumas considerables, si se interrumpió la corriente de inmigración canaria, catalana e italiana que nos favoreció durante el siglo pasado y principios del actual, la causa no la debemos buscar en la bondad o no de los proyectos, sino en la resistencia que la situación interna del país oponía a su realización. No disponemos de estadísticas exactas para comprobar el número de estos inmigrantes que voluntariamente y sin plan previo llegaron a nuestro país. Gil Fortoul calcula que para 1840 habían entrado a razón de 800 por año, para luego descender a 200 anuales. Pero sí podemos concluir que en la medida en que iba estancándose la producción agro-pecuaria y cerrándose las posibilidades para encontrar entre nosotros mejores condiciones de vida a las que ellos disfrutaban en España o Italia, en esa me-

dida esos agricultores se orientaron hacia otras tierras. No es exagerado decir que entre 1900 y 1935 Venezuela se convirtió en país de emigración: en busca de trabajo y de seguridad política abandonaron la tierra nativa miles de venezolanos. El proceso latifundista de acaparamiento de las tierras que culminó en ese período, la inseguridad y las persecuciones políticas, tenían que cerrar las puertas a toda inmigración con más violencia que cualquier ley restrictiva que se hubiere promulgado. Y para abrir esas puertas no es suficiente el clima de libertades políticas que hoy se disfruta ni la elaboración de declaraciones más o menos audaces. Se requiere transformar las relaciones de producción latifundistas existentes en el campo, para que en el curso de esa transformación los proyectos puedan realizarse y la corriente voluntaria o provocada de inmigración encuentre cauces por donde desparramarse en el país.

SITUACION ACTUAL DE NUESTRA POBLACION Y CAUSAS QUE LA MOTIVAN

Nuestra estructura económica continúa siendo agro-pecuaria, no obstante el peso específico de la industria petrolera en la economía nacional. Esta industria, a más de ser extractiva y ocupar sólo unos 18.000 obreros en todo el país, está en manos de compañías extranjeras que exportan la casi totalidad de la producción como materia prima, sin manufacturarla en el país, dejando en él lo indispensable para cubrir salarios, sueldos y para el pago de impuestos al Estado, inversiones que en su mayor parte escapan de nuevo al exterior por concepto de importaciones, incluso de artículos alimenticios que podían ser producidos en el mismo país.

Por el capital invertido, por el número de obreros y empleados ocupados en la producción agro-pecuaria, ésta continúa prevaleciendo sobre la industrial, como nos lo demuestra el cuadro siguiente elaborado por el Dr. J. I. Baldó (Revista de Sanidad y Asistencia Social, N° 3, Junio 1944, Pág. 233).